

El tercero gravámen es el dolor del cuerpo y las ansias que ocasiona, las quejas á que obliga, las lágrimas que exprime. Séneca dice (a) «que todo esto hacen tolerables los espacios de la intermision, porque la intension del dolor sumo tiene fin. Ninguno puede padecer mucho dolor mucho tiempo. Tales nos dispuso la naturaleza, enamorada de nosotros, que dispuso el dolor ó tolerable ó breve. Los grandes dolores consisten en las más ténués y delgadas partes del cuerpo: los nervios y los artejos, y todo cuanto es menudo, acérrimamente fatiga luego que concibe en lo estrecho los malos humores. Empero estas partes luego se amortiguan, y con el mismo dolor pierden el sentido del dolor: ó porque el espíritu, prohibido del curso natural y mudado en peor, pierde la fuerza con que nos aflige y (1) amonesta; ó porque el humor corrompido, no teniendo donde corra, él mismo se quebranta: y con estas cosas, que (2) en demasía llenó, quita el dolor ó el sentir. Así la podagra y la quiragra, y todo dolor de (3) niervos, se quita luego que entorpece la parte que atormenta. De todos estos el primer acometimiento aflige, y la duracion acaba (4) el impetu; y el fin del dolor es la insensibilidad que el mismo dolor causa. El dolor de los dientes, de los ojos y orejas, por (5) esto son muy agudos, porque nacen en partes angostas. Este es pues el consuelo del dolor grande, que es necesario dejarle de sentir cuando le sientes demasiado.» Hasta aquí son palabras de Séneca. Dígolo porque las he traducido; que si no, fuera locura persuadirme que ellas no se daban á conocer entre mis borrones. Atréverme á decir algo, no añadiendo á Séneca, sino imitándole.

Ningun hombre lloró ni se quejó de la causa de su dolor, que fué su desorden; y todos lamentan su dolor. No es posible no sentir los males, mas es fácil sufrirlos y es gloria vencerlos. Un nervézuelo en una muela podrida triunfa del sufrimiento y de la paciencia y (6) fortaleza de un hombre, y le disfama la boca con quejas, y los ojos con lágrimas, y el rostro con visajes mujerieles. Destos tales, es más verdad decir que los tiene el dolor á ellos, que ellos al dolor. Si se aplacara con llantos ó con gestos, pudiéranse disculpar por medicina.

Consultemos, señor, con nuestra conciencia nuestros dolores: de ella oírémolos que son acusacion justa de los distraimientos del miembro que los padece. Concibennos en pecado, párennos con dolor, y extrañamos vida dolorosa. Mucho más conveniente fuera curarse los hombres de la impaciencia de los dolores que de ellos, cuanto es mejor guarecer de los achaques del espíritu que de los de la carne. Razon es mitigarlos con remedios, mas no añadir vicios y locuras á los dolores. No hallo razon por qué los dolores sean pesados á la enfermedad y al enfermo, sino consuelo de la una y del otro. A muchos han hecho emendar la vida, á muchos codiciar la muerte. Hablan

(a) En su epístola LXXVIII.

(1) molesta; (S.)

(2) en más de sí llevó, quitar (Z. B.) —..... quita (F. S.) (et his quae nimis implevit, dice Seneca.)

(3) nervios, (S.)

(4) al impetu; (Id.)

(5) estos (Z.)

(6) la fortaleza (S.)

claro á la presuncion humana, y (7) en lenguaje de que no puede desentenderse. Las enfermedades sin dolores tienen mucho de lisonjeras; los que las traen, nada que convenga callan: no se contentan con decir al hombre la verdad de su miseria; antes (8) hacen que la confiese á gritos. Grande bien es desengaño persuadido. La verdad más desnuda que amonesta nuestra flaqueza son los dolores; ¿cómo pues los seremos ingratos? ¿Para qué cosa será de provecho una cabeza que con un dolorcillo se vence y se desconcierta? Bueno es vivir sin dolores, empero (9) mejor es, teniéndolos, sufrirlos. Vivir sin ellos ninguno puede, sufrirlos pueden todos. Lo que merece al doliente la purga, siendo amarga, y á todos los sentidos desapacible, ¿por qué (10) se lo niega al dolor bien sufrido? Este con más certeza es medicina saludable, que la otra bien pagada y bebida. Más enmiendas han resultado de los dolores, que convalecencias de las purgas. Enfermedades hay en que es indicacion de salud el dolor, y muchas veces el no sentir el dolor es señal de muerte.

Ya hemos llegado á la postrera y cuarta molestia de la enfermedad, que es la suspension de los deleites.

El enfermo á cuya dolencia es gravámen la intermision de los deleites, está malo y es malo; tan achacosa tiene el alma como el cuerpo. Ama la causa de su mal, que fueron sus deleites, y aborrece su mal. Tal era aquel vicioso que en el (11) Mercator de Plauto dijo: «Iré al médico, y allí con tósigo me daré á la muerte, pues me quitará aquellas cosas por cuya causa deseo vivir.» Habíale enfermado el beber vino, la lujuria y la glotonería; y temía que el médico le quitase el uso destas cosas, por las cuales solas él deseaba vivir, y con las cuales no podia dejar de morirse. Tal es el desenfrenamiento de nuestro apetito, que nos aflige (12) breve suspension de los vicios; siendo así que la intermision dellos es apetito para volver á ellos. La medicina no los quita, sino los suspende; y el hombre ni puede sufrir la enfermedad que le ocasionan, ni estar un punto sin la ocasion de su enfermedad. Quítale el arte el vino, para quitarle la fiebre; quítale la glotonería, para disponerle los humores; quítale el uso de las mujeres, porque se fortalezca; y el mal enfermo quiere más morir gozando destas desórdenes, que vivir para gozarlas. Quiere ser vicioso de tal manera, que por no dejar de ser vicioso deje de ser hombre. No siente la enfermedad del cuerpo, sino porque siente que le limiten las del alma. Esto sucede. Y da la causa san Pedro Crisólogo (serm. xxxv): «porque el hombre yace voluntariamente en los delitos y por fuerza en las enfermedades.»

¿Piensa el hombre que porque en la cama no hace alguna cosa está ocioso? Engañase; que la cama con la enfermedad es teatro para ostentar las fuerzas del alma y del cuerpo. Sus batallas tiene el lecho, y sus hazañas la dolencia. Si el hombre luchando con los dolores los vence, más es buen soldado que mal enfermo; si agradece al mal la intermision de los de-

(7) el lenguaje (S.)

(8) hace (Z. B. F.)

(9) es mejor en teniéndolos, (S.)

(10) no se lo niega (Id.)

(11) Mercader (Id.)

(12) la breve (Id.)

leites, gloriosa victoria adquiere su alma; gran valentía es luchar bien con la calentura y demás accidentes: si no te fuerzan, si no te afligen, si no te derriban, grande y provechoso ejemplo eres. ¡Oh si los enfermos tuvieran auditorio y aplauso, cuán grande ocasion de gloria fuera estar enfermo! Voz es de Séneca: «No te vea alguno, nadie te (1) atiende, mírate tú á tí propio, tú te alaba.» El tabardillo y el dolor de costado prohíbe al que pasea, el andar; y al que juega, las manos; empero no estorba ni aprisiona alguna operacion del espíritu. Padeciendo estos males rabiosos, puede el hombre aprender y enseñar, ejercitar la caridad y la paciencia, ostentar la fortaleza y la constancia, enseñar á la dolencia pestilencial y venenosa que tiene alma en que guardar vida, que no teme su muerte.

Llámase desdichado el enfermo, y crece su mal con sus lamentos, porque en el verano, con los hielos entretenidos á pesar del calor, no bebe copiosamente en julio la condicion del invierno; porque no bebe los vinos (2) que con la peregrinacion han adquirido mayor fuerza y precio; porque no ve en (3) su mesa los ostiones y marisco que la gula fué á buscar entre las ondas, que la golosina descerraja de las clausuras de sus conchas; porque no puede ser pródigo de su vida á persuasion de la miseria de su lujuria. ¡Oh malaventurado enfermo, que lloras la falta de aquellas cosas mismas por (4) quien sientes la falta de tu salud propia!

Los sagrados apóstolos nos enseñaron á buscar la salud. No se puede llegar á ella, si no se deja todo primero: «Ves que lo hemos dejado todo y te seguimos,» dijeron á Cristo, que es salud y vida. Aquella mujer que padece el flujo de sangre nos enseñó á curarnos: primero con la fe que tuvo, de que tocando al ruedo de la vestidura de Jesus guareceria, se curó de la enfermedad del espíritu; y luego, tocando, de la corporal. Job fué una poblacion de llagas, todo su cuerpo enfermedades; raíase los gusanos, no los lamentó; mirábase las úlceras, no las lloraba; no litigó por sanar, no llamó médico, no pidió medicina, no se mudó de muladar; toda su batalla fué despreciar estos males, y curar del horror que de verle en ellos tenían los entendimientos de sus amigos, la ignorancia de su mujer. ¡Oh qué valiente guerrero! Ningun capitán general triunfó de sus enemigos como él de sus amigos y de sus calamidades. Opónese á las (5) enfermedades del espíritu, no del cuerpo; persevera en su inocencia y en su fortaleza; estima sus calamidades por ocasion de sus victorias; osténtalas, no las acusa; blasónalas, no las padece. Su consuelo dice que «será que (6) afligiéndome con dolor, no me perdona, ni contradiré á las palabras del (7) Santo.» (Cap. vi, 10.) ¡Oh animosas palabras! Siempre habian de asistir en los oídos de los enfermos por aforismo de la carne y del espíritu.

Señor don Octavio, Job nos verifica lo que de Sé-

(1) atiende, (Z. B. F.)

(2) con la peregrinacion que (Id.)

(3) la mesa (B. S.)

(4) quienes (S.)

(5) calamidades del espíritu, (Id.)

(6) afligiéndome con dolor, no perdona (Z. B. F.)

(7) Espíritu Santo. (Z. B. F. S.)

neca hemos referido, y Séneca me persuado lo aprendió de Job. Dice que el enfermo que no puede mover los piés ni las manos, puede aprender y enseñar. Job en todo su libro enseña y da doctrina, sin pedir en algun lugar medicamentos: desea aprender, y pide que le enseñen cuando dice: «Enseñadme y callaré; y si acaso ignoré alguna cosa, instruidme.» (Capítulo vi, 24.) Cátedra es la cama, lugar es de doctrina, estudio es la enfermedad; en los temerosos y flacos, y asidos al cuerpo y á sus deleites, es patíbulo, donde están á la vergüenza, donde son justiciados de su dolor por la culpa de su pusilanimidad y torpeza. Acuérdate Job de que tuvo salud y fué opulento; empero no pide la salud ni la riqueza; antes refiere la gravedad y el asco de sus males. Suyas son estas razones, capítulo xvi: «Yo aquel otro tiempo opulento, fuí deshecho de repente; venció mi cerviz, quebrantóme y púsome como por blanco. Rodeóme con sus lanzas, hirió mis costados, no perdonó, y mis entrañas las deramó (8) en la tierra. Cargó sobre mí una herida sobre otra; como gigante embistió conmigo. Vestí saco sobre mi piel, y cubrí de ceniza mi carne. Hinchóse mi cara con el llanto, y mis párpados se anochecieron. Esto padecí sin delito de mis manos, teniendo inocentes mis ruegos por la presencia de Dios.» Consuélese el santo Job de tan graves enfermedades del cuerpo con la salud que tiene en su alma. No pide á Dios que le alivie de aquellas; dale gracias porque le limpió destas.

Las enfermedades muchas veces las da Dios por ejercicio á los buenos y á sus amigos; y así sucedió con Lázaro: (Joann., 11) «Luego que oyó que Lázaro estaba enfermo, se detuvo en el mismo lugar.» Habíanle escrito sus hermanas: «Ves que está enfermo el que amas;» y aguardó á que le escribiesen: «Señor, si estuvieras aquí, mi hermano no hubiera muerto.» Conocieron que la muerte (9) es ejecutiva adonde no está Cristo. Y dijo á sus discípulos: «Lázaro es muerto, y me alegro.» ¡Oh lenguaje de Dios hombre, que para su mérito deja luchar con la enfermedad al que ama, y para el ejemplo y el misterio se alegra de que muera! Siempre da Dios más y mejor que le pedimos. Las hermanas pedian para Lázaro salud, que pudiera adquirir humanamente con la medicina; Cristo las da resurreccion. Pídenle cura, y dales milagro. Persuadámonos, si Dios nos deja en la enfermedad, que conviene; y si acabamos en ella, que nos (10) ha de restituir la resurreccion la vida.

La vida nuestra el último día se acaba, y el primero empieza á acabarse. La muerte no se muestra igualmente cerca en todas las cosas, mas en todas está cerca; porque no sabemos en qué lugar nos aguarda, debemos esperarla en cualquier lugar. Por no atender á esta consideracion, muchos mueren antes de empezar á vivir. A esta causa el malo cuenta muchos años de tiempo, y ninguna hora de vida. Cierto es que quien siempre contempla la muerte, nunca la teme. La enfermedad y la vejez son doctrina contra los espantos de la muerte: quien las estudia tanto como las padece, doctamente acaba de morir. El dolor del

(8) sobre la (S.)

(9) está ejecutiva (Z. B.)

(10) la ha de restituir la resurreccion. La vida nuestra el último (Z. B. F. S.)

cuerpo es medicina para el sosiego del espíritu; la intermision de los placeres y gustos en la dolencia, es conocimiento de que no son placeres ni gustos los que se han de dejar para tener salud, y de que solo lo son aquellos que ni la enfermedad los suspende ni la muerte los acaba, cuando antes los aumenta y asegura. Ya que vivimos muriendo, muramos para vivir. Conservemos la salud, para que sin los atajos de vicios y desórdenes la acabe en nuestra composicion el pase del tiempo: para esto es (1) bueno no adelantarnos al tiempo ni cesar en él. Precioso es el dolor que nos amonesta la fragilidad de nuestra carne: perdonémosle lo congioso por lo útil. Bien intencionada es la enfermedad que nos va abriendo las puertas de nuestra prision; lo que nos toca, siendo forzoso salir della, no es cuándo saldremos, sino cuáles y para qué

AFECTO FERVOROSO DEL ALMA AGONIZANTE,

CON LAS SIETE PALABRAS QUE DIJO CRISTO EN LA CRUZ.

Jesucristo, Hijo de Dios y Dios y hombre verdadero: con los ojos nadando en muerte, antes de espirar te hablo con las palabras que antes de espirar dijiste á tu Padre.

Tú, Señor, para mostrar que en tu pasion hay virtud poderosa á reducir (3) pecadores impenitentes, dijiste:

Padre, perdónalos; que no saben lo que (4) hacen.

Esta palabra dijiste por pecadores que no se conocian ni arrepentian, y por ellas se volvieron hiriendo en los pechos, y se convirtieron despues. No se niegue, Señor, este arrepentimiento, que obró en los pecadores que te crucificaron y te veian crucificar, al pecador por quien te crucificaron y que crucificado te adora.

Despues, para mostrar cuánta eficacia tiene el conoerte y el rogarte, al ladron que en el último trance de tu vida y la suya te conoció, dijiste:

Hoy serás conmigo en el paraíso.

El te dijo que te acordases dél cuando estuvieses en tu reino; yo te digo que te acuerdes de mí cuando estás en él; y al ladron le digo que interceda por mí, para que cobre un compañero con las propias palabras (5) que se perdió el suyo. Señor, en el propio oficio usarás conmigo la misma misericordia, pues toda mi vida he sido ladron de mi propia vida, hurtándola á tu servicio. Si le fué prerogativa morir á tu lado, yo muero á tus pies; y tu lado, despues de muerto, se abrió para mí como para todos: dió vista á quien le rompió con hierro; no la (6) niegues á quien te la pide con lágrimas. El no llegó tarde, aunque llegó á tí al fin de su vida; no llegue tarde yo, aunque vengo al fin de la mia.

(1) muy bueno (B. S.)
(2) por ellas. AFFECTO FERVOROSO (S.)
(3) pecados impenitentes, (Z. B.)
(4) se hacen. (S.)
(5) que te perdió (F. S.)
(6) niegue á quien se la pide (Z.)

lugar. La muerte por sí es mandamiento de soltura para todos: igualmente suelta á los inocentes como á los reos. Desdichado del que sale de prision temporal para la eterna; este solo empieza una muerte sin fin, del fin de otra muerte.

Y porque la verdadera esperanza en Dios nos quita los miedos inconsiderados del amor desta vida, y Cristo nuestro Señor antes de espirar en la cruz dijo siete palabras, para enseñarnos que en su pasion gloriosa hay caudal para nuestra verdadera salud y para hacer la muerte fecunda de vida y de salvacion,—yo acabaré este tratado (que es el postrero de todos) con las mismas siete palabras con que acabó Jesucristo su vida para matar nuestra muerte, y para que cualquiera cristiano acabe con ellas de manera que pueda empezar (2) por ellas; diciendo:

Luego, para esforzar la flaqueza de nuestros méritos, y por mostrar que tu Santísima Madre era con su intercesion la puerta del cielo, dijiste á Juan:

Discipulo, ves ahí á tu Madre.

A tu inmensa liberalidad ¿qué la quedó por dar, pues á tu discípulo diste tu Madre? ¿Qué misericordias no esperaré si las pido á tu muerte por tu Madre? Pues das lo que nadie se atreviera á pedirte, concédeme la salvacion con que ruegas á mí, que te la pido. Si no la merezco por los pecados con que te (7) ofendí, alego á tu piedad que diste vista al que despues de muerto te dió una lanzada. Usa con el hierro de mi alma y vida la magnanimidad que usaste con el de la lanza. Y porque cuando con tu muerte se cumplia tu testamento en Juan, que solo de los discípulos asistia contigo, se representó la congregacion de los creyentes, de la cual la mayor parte era de pecadores que no (8) se conocieron, y despues alcanzaron luz de verdadera fe; y por medio de la penitencia fueron lo que significa la palabra *Juan*, que se interpreta «en quien está la gracia»; por esto pues dijiste á tu Madre:

Mujer, ves ahí á tu hijo;

porque los fieles de la Iglesia, que en él se figuraban, supiesen que en tu Madre los dejabas madre.

Y porque conociésemos el tesoro de méritos á que nos diste derecho en tu pasion, dejándolos para caudal de nuestro rescate.

Dijiste:

Dios mio, Dios mio, ¿por qué me desamparaste?

«Padre, pues sin tener yo culpa me (9) dejas en tan grande pena, dales á los hombres que merecen pena, gloria por mis merecimientos. Y pues yo pago su deuda, el desampararme sea causa de ampararlos; que yo no soy capaz de recibir perdon de culpas, por ser mi al-

(7) ofendo, (Z. B.)
(8) te conocieron, (S.)
(9) dejaste en tan grande (Id.)

ma bienaventurada; y así le he merecido para las culpas de los que han ocasionado mi muerte. Y por esto, Padre, la sed que tengo, de que ampires al esclavo del pecado es, pues has desamparado á tu Hijo.»

Tú, Señor, Dios y hombre, dijiste que tu padre te habia desamparado; y yo, miserable gusano, puedo decir que nunca me desamparaste, y que me ampararé con tu desamparo.

Dijiste:

Sed tengo;

porque tienes sed de mí. ¿Dejaste el vino amargo, y no tienes asco del acibar de mis ofensas? ¿Tuviste sed del que te dió la bebida, siendo peor que la hiel que te daba? Segun esto, no llega á mal tiempo mi vida, esponja de pecados, con la amargura dellos.

Clamaste con voz grande:

Ya se ha acabado;

(1) que fué decir: «Todas las profecias se han cumplido, y el ser obediente hasta la muerte, con la muerte,» porque yo fuí hasta la muerte inobediente toda mi vida. Hase acabado el ser tú sacrificio cruento, y la redencion del linaje humano.

Señor, ya yo me acabo; y te suplico que, por los méritos de tu pasion, pueda empezar á vivir contigo. No tengo mejor modo de lograr este beneficio, arrepentido de mis delitos y acompañado de tu santísimo Cuerpo por viático, que decir fervorosamente contigo:

En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu.

En las de Adán y Eva se perdió en el árbol; en las tuyas en el árbol de la cruz se restaura. Allí la sierpe, que persuadió á la mujer á la primera culpa, quebrantó la cabeza de la mujer, que era Adán. Aquí la mujer (que así misteriosamente llamaste á tu Madre) quebrantó á la propia serpiente la cabeza.

(1) Quiere decir: (S.)

Padre de misericordias, con las palabras que espiraste por mí, espiro. Si la Iglesia promete que con sola una palabra que digas mi ánima será sana y salva, por las siete que dijiste por mí, y yo (2) te repito con dolor de mis malas obras, espero merecer tu clemencia armando mi flaqueza desta confianza. Con más consuelo muero yo, que fuí causa de tu muerte, que tú; pues siendo por mis iniquidades tu enemigo, oigo que tu primera palabra es por el perdon de tus enemigos; y que despues cuidas de la soledad de tu Madre y de tu discípulo querido; habiendo sido la segunda palabra prometer tu reino al ladron. Si espirando tienes sed, te dan hiel; yo espirando, si pido bebida, me dan tu sangre en tu cuerpo. Y pues veo que mueres, siendo vida, ¿por qué temeré morir, siendo muerte? Si te veo desnudo y pobre, siendo señor de todo, ¿por qué temeré la pobreza, siendo nada? Si te veo despreciado, siendo Hijo de Dios, ¿por qué, yo, concebido en pecado, temeré el desprecio? Si te veo herido por muchas partes, y que desde la planta del pié hasta la cima de la cabeza no hay sanidad en tu cuerpo, y que no hay dolor como tu dolor, ¿por qué yo, gusano vilísimo, temeré el dolor de la enfermedad? Nada temeré sino mis pecados y tu justicia, mas de tal manera la temeré, que de tí, ofendido como juez, me (3) ampare como hijo.

Y espero que por tu bondad me darás tu gracia para que en tu gloria te alabe con el Padre, á quien rogaste por mí; y con el Espíritu Santo, que enviaste para mí, como para todos los que fuesen en tu ley y pasion capaces de sus dones; y con tu Santísima Madre, á cuya proteccion, con todos los verdaderamente creyentes, en tí me encomendaste.

Seas, Señor, bendito por los hombres en la tierra, por los ángeles y santos en el cielo, por los siglos de los siglos. Amen. (4)

(2) repito (S.)
(3) ampararé (Id.)
(4) LAUS DEO. (Z. F.)